

merosos cuadros: retratos de astrónomos, escenas bíblicas. Una escalera que conduce al despacho y la biblioteca de Ternovsky. En el fondo un gabinete de trabajo, muy semejante al comedor, pero sin chimenea. Mesas, cartas geográficas, instrumentos astronómicos. Pollak, el colaborador de Ternovsky, trabaja en el aposento del fondo. En el comedor se hallan la mujer del sabio, Ohitov, Petia — que está leyendo un libro — Lutz — que se pasea a través de la estancia —. La cocinera, una alemana, prepara el café e nta chimenea. La tempestad de las montañas azota los cristales. Crepita en la chimenea la leña. Suena la campana, llamando a los viajeros extraviados.

Sra. TERNOVSKY.—La campana suena sin cesar, pero es inútil; hace cuatro días que no viene nadie. Se diría que no queda ya ni un ser viviente allá abajo.

PETIA.—(Levantando la cabeza) ¿Quién va a venir aquí? ¡El viaje no es muy tentador!

Sra. TERNOVSKY.—Sin embargo... Puede subir alguien...

PETIA.—La gente ahora emplea el tiempo en cosas más importantes que preparar a las montañas.

CHITOV.—Verdaderamente, estamos aquí como en una fortaleza sitiada. No hay modo de salir ni de entrar.

Sra. TERNOVSKY.—Dentro de dos días no habrá ya qué comer.

CHITOV.—Bueno, no comeremos.

Sra. TERNOVSKY.—Sí, a usted le tiene sin cuidado, Basilio Vasiliévich: usted se alimenta como los osos, de sus propias grasas, y puede pasar sin comer una semana entera; pero nosotros no tenemos esa suerte.

CHITOV.—No se morirían ustedes de hambre... ¿No se cansa usted de pasear, Lutz? (Lutz no contesta y sigue paseándose).

Sra. TERNOVSKY.—¡Dios mío, qué país!... Me parece que he oído llamar! ¡Esperen! (Atiende) No, es el viento. No he visto tempestad así ni en Rusia.

CHITOV.—Yo las he visto... en las estepas.

Sra. TERNOVSKY.—No he vivido nunca en las estepas... ¡Qué viento, Señor!

PETIA.—Mamá., espera usted en vano: no vendrá nadie.

Sra. TERNOVSKY.—¿Quién sabe!... (Una pausa) Voy a leer un poco los periódicos viejos, aunque ya casi me los se de memoria... (Coge los periódicos pero los deja donde estaban a los pocos instantes). Señor Lutz, ¿tiene usted alguna noticia?

LUNZ.—(Deteniéndose) ¿Yo? ¿Cómo voy a tener noticias? ¡Qué pregunta más rara!

Sra. TERNOVSKY.—No se enfade usted. ¿Dejaré yo de comprender que no puede usted saber nada?... Pero estoy tan nerviosa... Cuando pienso que lo que pasa allá abajo, siento una angustia mortal. ¡Oh, Dios mío!

CHITOV.—Ahá abajo la gente se mata... como en casi todas partes.

Sra. TERNOVSKY.—Sí, la gente se mata. ¡Y mis hijos están allí!... Y no tenemos noticia alguna... aislados como si viviéramos en el bosque. Peor aún. ¡En el bosque, por lo menos, hay animales!

LUNZ.—(Sin dejar de pasear) Quizá se esté ya celebrando la victoria completa. Quizá se haya construido sobre las ruinas del viejo mundo un mundo nuevo.

CHITOV.—No lo creo.

PETIA.—¿Por qué no lo cree usted? ¿No ha leído usted que el gobierno ha dimitido, que se han levantado barricadas en toda la ciudad, que el pueblo se ha hecho dueño de las Casas Consistoriales? Hace ya cinco días que ha sucedido todo eso y en cinco días los acontecimientos pueden haber tomado un sesgo muy grave.